

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXII
Enero-Junio 2006
Número 41

SUMARIO

ESTUDIOS

- Guzmán Manzano**
El primado de Cristo en el orden de la redención 1-40
- Vicente Cudeiro**
La existencia de Dios a partir de ciertos principios racionales y de algunos hechos de orden físicoquímico y biológico 41-65
- José Penalva Buitrago**
Cultura, ciudadanía y educación en Agustín de Hipona 67-85
- Rogelio García Mateo**
Un jumillano arzobispo de Palermo, Juan Lozano o.s.a. (1610-1679) .. 87-101
- Francisco Henares Díaz**
Fray Antonio Villanueva, la Inmaculada y el Camarín de la Iglesia de los franciscanos de Hellín (Albacete) 103-128
- Francisco Gómez Ortín**
Religiosidad latente de Alejandro Lerroux 129-147
- Francisco Javier Díez de Revenga**
Poesía cíclica religiosa en la Murcia de Posguerra (1946-1948) 149-163

NOTAS Y COMENTARIOS

- Gonzalo Fernández**
Una alternativa ortodoxa al Credo Niceno de 325 en el Sínodo de Antioquía de 341 165-167
- José Luis Restán**
Retos y perspectivas para la Iglesia en España 169-176
- Manuel Lázaro Pulido**
Dios y las cosmologías modernas 177-181
- Ignacio Jericó Bermejo**
Esta Iglesia permanece en la Iglesia Católica. A propósito de un artículo de Karl Josef Becker 183-201
- Pedro Pérez Verdú**
Teología y Apología del Dios Cristiano 203-207
- BIBLIOGRAFÍA** 209
- LIBROS RECIBIDOS**..... 245

RETOS Y PERSPECTIVAS PARA LA IGLESIA EN ESPAÑA

JOSÉ LUIS RESTÁN

Es preciso un nuevo inicio

El acoso legislativo, cultural y mediático, que viene sufriendo el mundo católico en Europa en los últimos tiempos (España es un caso especialmente significativo), no debe hacernos olvidar que el abandono de la tradición cristiana es un dato consolidado desde hace años en amplios sectores de la sociedad europea, más aún, es un fenómeno en expansión. Ciertamente, algunos gobiernos ahondan este surco y probablemente piensan que es buen momento para conseguir la definitiva marginación histórica del catolicismo, pero no olvidemos que la debilidad de éste viene de lejos, y que también nosotros, los católicos, y nuestra incapacidad para articular una respuesta a la altura de las circunstancias, tiene mucho que ver en el actual estado de cosas.

Por eso es importante una cura de realismo. Amplios sectores sociales han perdido cualquier familiaridad con los contenidos fundamentales del anun-

cio cristiano, y los valores que de él derivan se han visto vaciados de su significado original. Ya no basta apelar a la tradición católica (aunque sea ciertamente espléndida) ni al derecho natural (aunque este concepto refleje un valor antropológico irrenunciable) para abrir un nuevo espacio al anuncio cristiano y para defender eficazmente los fundamentos de una civilización que sólo se explica por siglos de educación cristiana. Lo que hace falta es que los hombres y mujeres de la ciudad secularizada vuelvan a encontrar el cristianismo como un hecho presente, que responde a sus interrogantes y deseos.

Hagamos ahora una breve descripción del actual estado de cosas

Remontémonos a la posguerra europea, cuando se gesta el embrión del gran proyecto de La Unión de nuestro continente. Los padres del gran proyecto de la unidad europea (Schumann, Adenauer y De Gasperi) tenían una

conciencia clara sobre el fundamento ético, cultural y espiritual de ese proceso que iniciaron sabiendo que sólo después de varias generaciones podría culminarse. Jamás pensaron en una Europa confesional, sino en una construcción política verdaderamente laica, precisamente porque habían bebido de la tradición cristiana. Querían construir una entidad política que colocase en el centro la dignidad sagrada de la persona, que amparase la libertad de conciencia frente a cualquier coacción, y que facilitara el desarrollo de una comunidad tejida por los vínculos de la solidaridad, con especial atención a los más débiles. España se incorporó de lleno a esta aventura (y se incorporó para bien) cuando estaba ya muy avanzado, en el seno de nuestra sociedad el proceso de la des-cristianización, hablamos de finales de los años 70 y primeros de los 80 del pasado siglo. De hecho, las corrientes filosóficas y espirituales de fondo que animan al proyecto europeo han evolucionado de forma opuesta a su impulso original. Una parte muy importante del liderazgo político y cultural europeo responde al patrón de un relativismo furioso: Europa ya no sabe quién es, como ha reconocido el filósofo Gluksman, «ya no sabe decir yo». Ha triunfado una idea de libertad separada de la búsqueda de la verdad y carente de vínculos con la realidad. La cultura radical, reflejada en un positivismo jurídico exasperado, tiende a disolver las certezas que han servido de pilares a la civilización europea. Parece que todo se puede borrar de un plumazo, para volverlo a escribir conforme al designio de una clase intelectual que cada vez funciona

más como una especie de vanguardia iluminada, cuyos instrumentos fundamentales son la Escuela y los medios de comunicación. En esta hora, nos convendría releer a Tocqueville, como profeta de un despotismo disfrazado de democracia.

La apostasía silenciosa

Y es que tras un largo proceso de secularización, nuestro continente vive hoy, en palabras de la reciente Exhortación de Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, una “apostasía silenciosa”, como si una parte importante de la sociedad europea hubiese despilfarrado el patrimonio espiritual recibido a lo largo de la historia: Cristo no es reconocido ni amado, y por primera vez existe un programa sistemático para organizar la vida al margen de Él. Con mayor precisión, Juan Pablo II hablaba de un rechazo de la Encarnación que relega a Jesucristo a un pasado remoto o a un cielo lejano. De hecho, en nuestra sociedad se abre para lo religioso el espacio de lo puramente subjetivo, el reino de los sentimientos y de las consolaciones, cuando no el extravío de las diferentes formas de esoterismo hoy tan en boga.

Las consecuencias de todo esto, en términos concretos de experiencia humana, personal y social, están a la vista, y se resumen en la apreciación de *Ecclesia in Europa*, que señala la «falta de esperanza» como dato central de su diagnóstico sobre la situación europea. Me parece que esa es también, bajo todas las apariencias que se quiera, la situación española.

Es evidente que en estas circunstancias, la Iglesia aparece en muchas ocasiones como un factor extraño a la dinámica social europea (lo que no deja de ser una curiosa paradoja): su propia figura y su propuesta de vida no son comprendidas ni aceptadas. Más aún, la hostilidad y el rechazo crecen, sin que pretenda con esto abonar ninguna sensación de victimismo. También es evidente que alguna responsabilidad nos corresponde a los cristianos (y en concreto a los católicos españoles) a la hora de explicar ese proceso de apostasía del que hablaba el Sínodo de los obispos. La propia Exhortación EE nos recomienda afrontar un valiente examen de conciencia: los fieles cristianos y sus comunidades debemos preguntarnos siempre si estamos viviendo una fe sin reducciones, y si estamos sabiendo proponerla como respuesta al drama humano de nuestros contemporáneos. Hemos adolecido con frecuencia de un subrayado excesivamente moralista del cristianismo (primero de un signo, luego de otro), o nos hemos contentado con un discurso ortodoxo y una defensa de los “valores cristianos”.

Pero la fe cristiana no es un conjunto de valores ni un discurso correcto sobre el hombre y el mundo: es un acontecimiento de vida, presente en la concreción histórica de la Iglesia, que sale al encuentro del deseo y de la espera del corazón de los hombres. En España hemos comprendido (a través de un largo proceso que comienza a inicios de los 60 y que ahora culmina) que la fe que no se traduce en conciencia crítica de la propia vida, en razón del propio vivir, tarde o temprano es

barrida de la realidad: todo lo más, sobrevive como un culto separado de los intereses de la vida, o como barniz costumbrista.

Dos tentaciones perniciosas

En este momento histórico, la Iglesia en España (sus comunidades e instituciones) puede sufrir dos grandes tentaciones: la de la disolución y la de la ciudadela asediada. La primera supone la desaparición de la novedad cristiana, de ese protagonista nuevo en la historia que es el cristiano que por otra parte no es nada nuevo, porque San Pablo advertía ya contra esta tentación: ¡no os ajustéis a este mundo!

La segunda tentación significa a la larga fosilizar la novedad que Cristo ha introducido en el mundo y traicionar el encargo que realizó a los Apóstoles de ir al mundo entero y anunciar el Evangelio. De esta manera el cristianismo se reduce a ideología defensiva, y la Iglesia a una institución que gestiona ciertos valores, sin acertar a poner su anuncio en relación con el drama y la búsqueda de los hombres de cada época. El camino para superar estas tentaciones destructivas viene marcado por dos palabras clave: comunión y misión.

La novedad empieza a tomar forma en la comunidad cristiana (Comunión)

El punto de partida no puede ser un plan ni una estrategia, sino la realidad presente: *la novedad*, afirma agudamente el Papa, *empieza a tomar forma en la comunidad cristiana, en cuyo*

seno Dios ya actúa, porque el Espíritu de Cristo ha establecido en el mundo un lugar humano: hogar, cuerpo, familia, una gran amistad vivida en su nombre.

Es cierto que el resto de pueblo cristiano que perdura en España es aún sociológicamente muy apreciable, mucho más de lo que permiten pensar unos medios de comunicación empeñados en reflejar una imagen social despojada de cualquier referencia católica. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce: son bien conocidas las dificultades actuales para transmitir la fe a las nuevas generaciones en el seno de las propias familias, las parroquias y las escuelas católicas, así como el cansancio en la pastoral y la incapacidad de formular un juicio cultural relevante. Todo ello atravesado por una falta de músculo enfermiza, en una comunidad acostumbrada a dar por supuesto que «España es católica».

Está claro que la Iglesia en España no puede ya considerar la fe como una posesión tranquila, una especie de supuesto previo de toda su actividad pastoral. El primer y fundamental trabajo debe ser precisamente suscitar la fe y acompañar su crecimiento a lo largo del itinerario de la vida. Por eso las comunidades cristianas deben ser verdaderos lugares de educación en la fe, por supuesto a través de la catequesis, pero también mediante la corrección mutua, la experiencia del perdón, el compartir las necesidades, el mirar y valorar juntos los problemas e intereses de la vida. Así es como la Iglesia genera la nueva personalidad del hombre cristiano (mentalidad, afecto e iniciativa) de modo que crece en él la expe-

riencia de una novedad humana invencible.

Otro de los grandes desafíos misioneros para la Iglesia en España es la cuestión de la racionalidad y la inteligencia de la fe, la pretensión de verdad que acompaña indisolublemente al cristianismo, y que le invita a medirse con inteligencia y humildad frente a todo tipo de propuestas. El Papa insiste en que los cristianos deben *enfrentarse críticamente con la cultura actual, resistiendo a sus seducciones; incidir eficazmente en los ámbitos culturales, económicos, sociales y políticos*. En definitiva, postula la construcción de una cultura cristiana capaz de evangelizar la cultura más amplia en que vivimos. (EE N° 50)

Testigos de la fe en medio del mundo (Misión)

El profesor judío Joseph Weiler (autor del libro “Una Europa cristiana” Ed. Encuentro) ha denunciado la “cris- tofobia” de algunos ambientes europeos, que tiende a encerrar a los cristianos en un gueto. En España sabemos bastante de todo esto. Pero también advertía del riesgo de que los propios cristianos contribuyamos a encerrarnos en ese gueto. En efecto, nuestro campo es el mundo, como dice el Evangelio de San Mateo, y mal haríamos refugiándonos en nuestra propia ciudadela, por frío y áspero que resulte el ambiente exterior. La indicación del Señor sobre la sal de la tierra y la luz del mundo sigue vigente en esta época de nuevo paganismo. El hombre contemporáneo, cuya razón padece una terri-

ble herida y cuya libertad se ve tan humillada, clama entre lágrimas y rebeldías por un significado. Es una sed amarga y dura, a veces inexpresada, ante la que no podemos permanecer indiferentes: precisamente para responder a esa sed, el Verbo de Dios se hizo carne, y sigue hoy presente en el cuerpo de la Iglesia.

La misión no es un añadido o una tarea suplementaria, sino una dimensión de toda existencia cristiana: se trata de hacer presente allí donde se vive, la novedad que ha introducido Cristo en la historia. En todo caso debe quedar claro que España es desde hace tiempo ámbito estricto de misión, como explica EE en los números 46 y 47: «... En varias partes de Europa se necesita un primer anuncio del Evangelio: crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada...».

En este sentido es fundamental superar el presupuesto de que en Europa el cristianismo es una especie de dato previo inamovible, y que por tanto bastaría soplar un poco sobre las brasas para que florezca de nuevo. Este análisis, además de poco realista, impide un verdadero enfoque misionero; el problema no consiste en resistir frente a una “agresión” que cada vez deja más menguado y exhausto el cuerpo de la Iglesia, sino en dar testimonio de una riqueza que la Iglesia posee por gracia y que las gentes desconocen tanto

como anhelan: así pasamos de una posición defensiva y reactiva a una posición misionera, como la de las primeras comunidades cristianas de la antigüedad.

Por eso una de las prioridades de la nueva evangelización de Europa consiste en multiplicar espacios que permitan encontrar al cristianismo como realidad viva: familias que se apoyan para vivir su vocación; comunidades parroquiales renovadas; asociaciones y movimientos eclesiales; comunidades de consagrados; obras educativas, sanitarias y sociales; empresas que no se gufen por la simple ley del beneficio; voluntarios que no se mueven por romanticismo o por una vaga filantropía. Todo esto tiende a rehacer un tejido cristiano que expone ante el mundo la belleza y la verdad de la vida cristiana.

Ese testimonio tiene también una dimensión política: apoyar el protagonismo de los sujetos sociales frente al estatalismo creciente; la protección de la familia y de la vida naciente y terminal; la libertad de educación, y una verdadera laicidad, que reconozca el papel destacado de las comunidades religiosas, y especialmente de las Iglesias cristianas, en el proceso de construcción europea.

Un aspecto esencial de la misión de la Iglesia en nuestras sociedades secularizadas lo acaba de remarcar el Papa Benedicto XVI en su alocución a un grupo de obispos mexicanos en visita ad límina, me refiero al necesario diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo. Es necesario, ha dicho el Papa, «revisar nuestras mentalidades, actitudes y conductas, y ampliar

nuestros horizontes, comprometiéndonos a compartir y trabajar con entusiasmo para responder a los grandes interrogantes del hombre de hoy. Como Iglesia misionera, todos estamos llamados a comprender los desafíos que la cultura postmoderna plantea a la nueva evangelización del Continente. El diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es vital para la Iglesia misma y para el mundo». (Benedicto XVI a los obispos de México. 15-9-05).

Atisbemos el futuro

España tiene necesidad de una nueva presencia de la fe, capaz de interpelar a nuestros contemporáneos, de medirse con sus preguntas y deseos, con sus rebeldías y sus secretas esperanzas. Pero no existe una “estrategia misionera” que resuelva el problema de antemano a los cristianos españoles del siglo XXI. A nosotros corresponde la apasionante aventura de manifestar la fe como respuesta adecuada a las esperanzas y angustias de los españoles de esta hora.

Pero no existe un plan de choque que se pueda diseñar en un despacho, sino un camino que hemos de recorrer para que esta fe se manifieste como respuesta adecuada a las esperanzas y angustias de nuestros hermanos.

Naturalmente, en ese recorrido encontraremos hombres y mujeres con una mirada más larga, con un reclamo más profundo o una expresión más bella y persuasiva. De ahí se derivarán “nuevas formas de vida en la Iglesia y nuevas culturas de la fe” (la formula-

ción es del Card. Ratzinger), como ya ha sucedido en tantos momentos de la historia.

Hoy escuchamos con frecuencia en nuestras comunidades voces angustiadas que afirman la supuesta incapacidad de la Iglesia para hacerse entender en una sociedad crecientemente alejada de la tradición cristiana. Entonces se reclama un nuevo lenguaje y una nueva imagen, que tampoco se acierta a definir, pero que se espera como la fórmula maravillosa que remediará todos los males.

La verdad es que a lo largo de la historia la Iglesia ha vivido muchos momentos de especial dificultad para comunicar su propuesta, ya sea por su propia debilidad o sequedad interna, o por la fuerte hostilidad del ambiente. La historia nos enseña que no han sido las estrategias de despacho las que han dado respuesta a esas situaciones. Por el contrario, ha sido la irrupción inesperada de una personalidad tocada por el Espíritu la que ha generado una facilidad nueva para comunicar el contenido de la fe y regenerar y extender un pueblo que tal vez languidecía.

Lo de menos, para lo que aquí nos interesa, es si este hecho toma una forma u otra, si queda en el anonimato, o si da lugar a una obra reconocida, grande o pequeña. Esto puede suceder en el ámbito de una parroquia, o en entre los alumnos de un Colegio, o puede dar lugar a una nueva forma de consagración en medio del mundo, o puede tratarse de la fundación de un Movimiento, o de la irradiación de un monasterio en su entorno. Lo que me interesa señalar es esta dinámica de la comunicación de la fe, que arranca de

personas tocadas por el Espíritu, según formas y modalidades que no podemos prever.

A modo de síntesis: el horizonte de nuestra tarea

Se trata, por encima de todo, de hacer presente la novedad humana del cristianismo cada día, también para esa mayoría de ciudadanos para los que se ha vuelto irrelevante, de modo que puedan medir de nuevo sus aspiraciones y problemas con la propuesta de la fe dentro de la vida cotidiana. Esa novedad nace del poder de Cristo resucitado, presente aquí y ahora en la materialidad de su Cuerpo, que es la Iglesia. Por eso es necesario que el testimonio cristiano cobre una visibilidad de la que ahora se encuentra privado, una presencia viva a través de obras en todos los campos: familiar, empresarial, cultural, educativo.... La misión pasa ineludiblemente por estas presencias allí donde se desarrollan los intereses reales de la gente, y por eso demanda ante todo la libertad necesaria para construir.

La tarea prioritaria para los católicos siempre es previa a la política: se trata de abrir nuevos caminos para la fe en el tejido de la vida cotidiana, de comunicar una propuesta de vida en los ambientes en los que se desarrollan los intereses reales de la gente.

Así pues, la lucha por la libertad de la Iglesia (no sólo de las instituciones eclesásticas) debe ser la cuestión principal de este momento. Libertad para construir, y sobre todo, libertad para educar. Porque la novedad que el cris-

tianismo ha traído al mundo sólo puede conocerse y abrazarse a través de un encuentro humano, y sólo puede arraigarse a lo largo de un camino educativo en la vida. No aspiramos a defender los restos de un naufragio, sino a plantar una experiencia nueva de humanidad en esta hora de nuestra historia.

Un pasado espléndido no basta para asegurar el presente del cristianismo en España. Cada generación de cristianos, mejor aún, cada fiel cristiano, tiene que hacer suya la gran herencia de la Tradición y ponerla en juego en las circunstancias concretas que le toca vivir, con su carga particular de desafíos. En su última e inolvidable visita a España, Juan Pablo II insistió en la perenne actualidad de la fe cristiana, en su radical "modernidad", que consiste precisamente en que la persona cambiada por el encuentro con Jesucristo puede arraigarse en cualquier época y en cualquier lugar. Los católicos españoles no podemos conformarnos con reivindicar nuestra historia, sino que tenemos que correr la aventura de vivir la fe aquí y ahora, en el desamparo de un contexto social que reniega precisamente de esa historia y que nos desafía a comunicar la vida cristiana en términos que susciten, cuando menos, expectación y sorpresa.

Debemos estar muy atentos a que la fe cristiana no se reduzca a una ética ciudadana, a un servicio humanitario o a una consolación espiritual: la verdad cristiana es un acontecimiento de vida (con todas sus implicaciones) y se transmite sólo a través del testimonio de la vida: del cambio experimentado por aquellos que la han encontrado. En nuestra situación actual, es esencial

que la Iglesia sepa despertar de nuevo el interés por el anuncio cristiano, el sentido de novedad de los primeros cristianos. Encontrar la fe es como enamorarse... de hecho Dios ha elegido hacerse carne, y no enviarnos por fax un conjunto de normas.

Juan Pablo II nos recordó también la gran vocación misionera de nuestros antepasados, que plantaron la semilla de la fe allende los mares, y añadió que esta misión es un reto intrépido para el futuro. Ahora, la geografía de la misión se despliega ante nuestros ojos cada mañana. Cada día somos invitados a hacer presente la novedad humana del cristianismo a esa mayoría de ciudada-

nos para los que se ha vuelto irrelevante, y esa novedad sólo puede encontrarse en la materialidad del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por eso es necesario que el testimonio cristiano pueda ser visible y palpable en todos los campos: la familia, la empresa, la escuela, el mundo de la cultura y de la comunicación... Para llegar al corazón de los hombres y mujeres de esta hora, no sirve ya apelar a nuestra gloriosa tradición cristiana, ni al Derecho Natural, ni al "sentido común". La única respuesta es despertar de nuevo el atractivo del cristianismo, el único que puede prender la llama de la esperanza en esta cultura aterida por el nihilismo.